

RECUERDA EL TEMBLOR  
DE LOS LABIOS

RECUERDA EL TEMBLOR  
DE LOS LABIOS

**Carlos Sanrune**





**Amistades Particulares** es una marca registrada y toma su nombre de la novela *Les Amitiés Particulères*, de Roger Peyrefitte (1907-2000), publicada en 1944 por Éditions Jean Vigneau.

Primera edición: Octubre, 2014

© Carlos Sanrune, 2013

[www.carlossanrune.com](http://www.carlossanrune.com)

de esta edición: Amistades Particulares, 2014

[www.amistadesparticulares.com](http://www.amistadesparticulares.com)

Ilustración portada: “Blue horse” (2006), 183x152cm, acrílico sobre lienzo.

Autor: Daniel Barkley.

[www.danielbarkley.com](http://www.danielbarkley.com)

Diseño y maquetación: Amistades Particulares

Impresión: Createspace

ISBN:

Depósito Legal:

Impreso en España- Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Sobre el autor de la ilustración de portada:

Nacido en Montreal en 1962, **Daniel Barkley** posee un Master en Bellas Artes de la Concordia University. Ha realizado muchas exposiciones, tanto en grupo como individuales, fundamentalmente en Canadá, Estados Unidos y México. En 2004, el Musée des arts contemporains des Laurentides realizó una retrospectiva de su obra. Recientemente, Barkley fue seleccionado para el Kingston Prize, competición de retratos de Canadá, por el retrato que ilustra la portada de este libro. Sus acuarelas también han ganado premios de prestigio en competiciones nacionales, incluyendo la medalla A.J.Casson de la Canadian Society of Painters Watercolour, en 2002 y 2012. Vive en Montreal.

A José Luis,  
por lo que compartimos.

A mi hermana Pura, por impulsarme  
a seguir escribiendo (aunque ella no sepa  
cómo consiguió tal cosa).

Aunque lo que narra esta historia está basado en hechos reales,  
nada sucedió como aquí se describe. Sólo la ciudad es real.

*Cuerpo, recuerda esos deseos  
que por tí brillaban en los ojos  
y temblaban en los labios.*

Constantino Kavafis

*No es tu final como una copa vana  
que hay que apurar. Arroja el casco, y muere.  
Por eso lentamente levantas en tu mano  
un brillo o su mención, y arden tus dedos,  
como una nieve súbita.  
Está y no estuvo, pero estuvo y calla.  
El frío quema y en tus ojos nace  
su memoria. Recordar es obscuro,  
peor: es triste. Olvidar es morir.*

Vicente Aleixandre

## **PRIMERA PARTE**

Daniel, el muchacho que se hacía llamar Pedro



## CAPÍTULO 1.1

El día en que mi padre iba a morir inesperadamente, yo había asistido a clase desganado, como cualquier otra mañana, añorando aún las no muy lejanas vacaciones de invierno. Sentado en el aula, todavía ignoraba que tal acontecimiento se produciría sólo unas horas después, alterando violentamente mi vida y condicionando mi futuro. ¿Cómo estar preparado para un hecho tan repentino, si nada en mi entorno lo anunciaba?, ¿de qué manera intuirlo? El día había amanecido ligeramente lluvioso y gris, desapacible; nada extraordinario en aquella época del año. Tampoco me había visto asaltado por un mal presentimiento, ni desperté sumido en un estado de ánimo especialmente pesaroso, como alguna vez me pasaba, o, ni siquiera, me alteraba el recuerdo neblinoso de algún sueño enigmático de la noche anterior. Ningún presagio.

Por eso yo me encontraba en clase medio adormilado, sin siquiera intuir el abismo que a mis pies se abriría en pocos días, observando el espectáculo cotidiano del gran aula atestada. Algunos alumnos, los que habían llegado con menor antelación, se veían obligados a tomar sus apuntes con los cuadernos apoyados sobre las rodillas, sentados en la escalera que dividía aquel anfiteatro en dos partes idénticas. Álvaro y yo, previsores, habíamos conseguido llegar con tiempo suficiente como para poder ubicarnos en unos de los bancos, lo que nos permitía asistir a la clase con comodidad.

El profesor -*el Ínfimo* para todos nosotros-, vestido con el sempiterno traje gris marengo que ya sabíamos que no cambiaría hasta la llegada de la primavera, hablaba, como era su costumbre, con aquella voz atiplada tan característica, mirando a un punto impreciso en el fondo de la clase, ajeno a todo lo que le circundaba. Lo hacía en un tono monótono, cansino, como recitando de memoria. Desde que entraba en el aula hasta que la lección concluía, prácticamente no se movía del lugar que ocupaba al llegar, excepto cuando se desplazaba para escribir algo en la pizarra. Su cantinela nos mantenía en un estado de somnolencia que intentábamos combatir, con dificultad, tomando algunos apuntes deslavazados que luego, cuando llegase la hora del estudio, costaría desentrañar. Este hombre, famoso entre las últimas diez o doce generaciones de abogados madrileños, que debía el mote a su constitución física raquíta, pequeña, casi mínima, y a aquella vocecita peculiar, diríase que de contratenor, sólo parecía despertar cuando en su tediosa exposición



citaba a un tal profesor Pérez de Almada, su maestro allá por los años sesenta. Entonces la mirada se le iluminaba, el tono de voz cobraba vida y, en algún caso de especial pasión, hasta gesticulaba con alguna vehemencia contenida. El resto del tiempo hablaba, aunque parecía rezar, con su tono monocorde, como haciéndolo para sí mismo, ajeno a la desconexión total que mantenía con los alumnos. Eso transformaba los cincuenta minutos de su clase en una lucha constante contra el sueño, sobre todo cuando, como aquel día aciago, nos tocaba soportarlo en unas de las primeras horas de la mañana.

En un momento concreto, cuando la clase cruzaba su ecuador, tras sonar unos tímidos golpecitos, la puerta del aula se abrió. Todos los alumnos miramos hacia ella al unísono, satisfechos sin excepción por aquel pequeño incidente que venía a romper el insostenible aburrimiento. No podía ser consciente, entonces, de lo que la apertura inocente de aquella puerta significaba para mi vida. No entró ningún alumno retrasado -algo que el profesor, despertando de su letargo, no hubiese permitido-, sino un conserje. ¡Ojalá venga a avisar de que hay una bomba y tengamos que desalojar la facultad!, escuché que decía alguien detrás de mí. El funcionario se dirigió al docente con andar cansino, sin prisa, con la mirada de todos los alumnos siguiendo su parsimonioso recorrido. Llegado junto a él, tras hacerle algo parecido a una pequeña reverencia que provocó un murmullo de risitas entre los alumnos, le comentó alguna cosa en voz baja. ¿Tiene que ser ahora?, le escuchamos preguntar con aspereza. El ordenanza respondió que sí con un gesto. *El Ínfimo*, con aire de resignación, miró a la masa informe de alumnos que se apiñaba frente a él y pronunció mi nombre. Daniel Martínez-Miranda Pinal, que tenga la amabilidad de salir con el señor conserje.

Escuchar mi nombre en público tuvo el efecto de sacarme, bruscamente, del estado de letargo en que la clase me había ido sumiendo. ¡Ya te han pillado, tío!, me dijo divertido Álvaro dándome un rodillazo. No le hice caso. Con timidez, haciendo un gesto con el que quería expresar que no sabía de qué podía tratarse, como disculpándome ante los compañeros por ser expulsado de la confortable masa de aquella manera, salí ruborizado y nervioso, sorteando la ristra de mochilas y piernas que se iban recogiendo para volverse a estirar a medida que yo pasaba.

¿Eres Daniel Martínez-Miranda Piña? preguntó el conserje, un hombre calvo con gafas de cristales gruesos, cuando cerró la puerta del aula tras él. Pinal, Martínez-Miranda Pinal, le corregí. Sí, eso, respondió, bueno, pues llama a tu casa, que al parecer ha habido un problema, que es urgente. El corazón me dio un vuelco. Sin siquiera darle las gracias corrí hacia el vestíbulo principal donde sabía que había varias cabinas de teléfono. ¡Muchacho, tranquilo, que te vas a partir la crisma, que el suelo resbala mucho!, escuché gritar al conserje a mis espaldas.

Mientras avanzaba por el largo corredor, sintiendo una dolorosa presión en el estómago, me preguntaba con ansiedad qué podía haber pasado en mi familia para que se decidiesen a sacarme de clase. Vino a mi mente mi hermano Víctor y noté que el vello se me erizaba. Pensé en un accidente del autobús que lo llevaba cada día al colegio. Imágenes truculentas vinieron a mi mente, pero intenté apartarlas. Con dedos temblorosos, marqué el número de mi casa. Contestó Antonia, la asistenta. ¡Ay, Daniel, hijo, qué desgracia!, que tu padre ha tenido que ser ingresado en el hospital, que ha tenido un ataque al corazón. ¿Cuándo, cómo?, fue lo único que se me ocurrió preguntar. No sé, llamaron a las nueve y media a tu madre, desde el despacho. Lo han llevado al Hospital de la Princesa. Sin dejarla finalizar, sintiendo en mis piernas la flojedad que el miedo provoca, corrí desesperado al aparcamiento en busca del coche. La cazadora, la mochila, los apuntes... todo ha-

bía quedado en el aula. Cuando salí a la calle y el aire helado de enero me golpeó el rostro, noté que estaba llorando.

Mi padre, Ricardo Martínez-Miranda, de cincuenta y un años de edad, murió víctima de aquel infarto dieciocho horas después, aunque cuando aquella mañana fría llegué al hospital algo dentro de mí me decía que ese iba a ser el desenlace. Mi madre estaba en la entrada de la UCI, acompañada por mis tíos y por José Lizarda, el socio de despacho de mi padre. María, la mujer de mi tío Enrique, fue la única que avanzó hacia mí al verme llegar desencajado. Tranquilo Daniel, hijo, que seguramente se recuperará. Me abrazó, pero mi mirada sólo buscaba a mi madre. Allí estaba, a un lado de la puerta batiente, alta, aún hermosa, elegante incluso en aquellas circunstancias, aparentemente sin manifestar emoción. Me pregunté cuántas veces la había escuchado decir aquello de que una señora no muestra sus sentimientos en público. Me deshice de mi tía y avancé hacia ella. La besé. Su respuesta a mi beso no fue diferente a las que me daba cuando me despedía de ella antes de ir a dormir. La miré a los ojos. Aparentaban calma, aunque no era cierto. Su labio inferior, con una capa muy tenue de maquillaje, sufría un ligero temblor inhabitual en ella.

Mamá..., le dije mientras cogía su mano entre las mías. Ella intentó apretar, pero me di cuenta de que no tenía fuerzas. Bajó la cabeza durante un instante. A los pocos segundos la levantó de nuevo. Volvió a mirarme. En esa fracción de tiempo se había producido un cambio significativo en su mirada. Ahora era la de una mujer asustada, llena de miedo. No le conocía una mirada como aquella, la de un ser desvalido sumido en la incertidumbre. Por el contrario la suya siempre había sido la de la mujer segura, casi altiva. Comprendí que la coraza se resquebrajaba. Con su mano izquierda me acarició la cara como alguna vez hacía cuando era niño, sin decir palabra. Luego apretó mi cabeza contra ella. Ninguno de los dos lloramos, pues sabía que a ella no le gustaría.

Las horas siguientes fueron, para mi sorpresa, un continuo ir y venir de gente por la pequeña sala de espera de la UCI. Por allí, por aquel espacio que no permitía la privacidad, junto a otras familias atemorizadas como la mía, desfilaron sin interrupción familiares, amigos, compañeros del partido, sus socios de despacho y algún que otro vecino. También Álvaro y un par de compañeros de la universidad se acercaron hasta aquel desangelado lugar. A lo largo de las horas se pronunciaron repetidamente las mismas frases dolidas e idénticos comentarios sinceros de apoyo. Se dejaron ver los semblantes circunspectos, se palparon los silencios, se respondieron las mismas preguntas una y otra vez -¿cómo fue?, ¿así, de repente?- y se reiteraron las expresiones de consuelo y esperanza, sobre todo de esperanza. Poco a poco todo aquello se me fue haciendo insoportable. Llegó un momento en que lo único que deseaba era estar a solas con mi madre, con nuestro dolor. Me decía que ella lo que necesitaba era desahogarse en la intimidad, que el dolor y la incertidumbre en que debía estar sumida -su educación, ya he dicho, le impedía perder las formas- debían ser difíciles de domeñar; que sólo una mujer de su carácter podía mantener el tipo en aquellas circunstancias, aunque me preguntaba que a costa de qué.

A intervalos de cuatro horas los médicos intensivistas nos actualizaban información sobre el estado del enfermo, aunque en ningún momento pudimos entrar a visitarlo. Aquella prohibición secretamente la agradecí, pues la sola idea de

verlo conectado a un respirador mecánico, como si de un muñeco inerte se tratase, me producía pavor. Cada vez que llegaba la hora de recibir nueva información pasábamos mi madre, mi tío y yo a un pequeño despacho dentro de la UCI. El médico de turno, no sin humanidad, trataba de explicarnos lo mejor que podía la situación. Que si falta de riego durante no sé cuántos minutos, que si el miocardio dañado, que si necrosis, que si ventilación asistida... las esperanzas eran pocas.

Casi al final de aquella noche infernal, en la que ni mi madre ni mi tío Enrique -hermano único de mi padre-, ni yo salimos del hospital, cuando ya las visitas habían cesado, en un momento en que bajé a buscar tres cafés de la máquina expendedora que se encontraba en el piso inferior, el último médico que nos había informado, se acercó a mí. Sin circunloquios me dijo que tenía que hablar conmigo. Al parecer había estado observándome, y aprovechó cuando vio que me alejaba de mi familia para abordarme. No quería que mi madre escuchase lo que tenía que decirme, para evitarle un sufrimiento añadido e inútil, pero la familia, aseguró, tenía que saberlo. El corazón me dio un vuelco. ¿Murió?, pregunté con voz temblorosa, notando un repentino vacío doloroso en mi estómago. No, dijo con una cierta sequedad. Me agarró del brazo. Sin soltarme, como si de un niño se tratase, me llevó a un rincón junto a un cenicero abarrotado de colillas, bajo un cartel que recordaba la prohibición de fumar en el hospital. No había nadie más a esas horas en la pequeña sala desangelada, ocupada únicamente por unas butacas de duro plástico blanco y por tres máquinas expendedoras. Era un hombre joven, de mirada afable y, al parecer, consciente de las circunstancias en las que le tocaba realizar su trabajo. Fue directo al grano, sin ambages. Escucha, a tu padre hemos tenido que hacerle un análisis que normalmente no se realiza a enfermos de su perfil, pero ciertos indicadores hematológicos obtenidos en otras pruebas preliminares nos han recomendado hacerlo. El médico calló un segundo, como inseguro; luego lo dijo de un tirón. En esa prueba tu padre ha dado positivo al análisis del VIH, el virus del sida.

Mi primera reacción fue esbozar una sonrisa incrédula, imagino que bobalicona. Imposible, mi padre ni era promiscuo sexual, ni se drogaba, ni había tenido transfusiones sanguíneas en su vida, le dije atropelladamente. Yo no espe-culo sobre su vida, te hablo de hechos, respondió con seriedad. Se han realizado dos análisis, aplicando el test ELISA, y ambos han dado el mismo resultado. Te lo estoy comunicando porque no sé si tu madre estará al tanto, aunque es probable que no lo sepa... Entra dentro de lo posible que incluso tu padre lo ignorase... bueno, corrigió, que lo ignore. Si fuese como supongo, ha podido estar sometiendo a situaciones de riesgo, inconscientemente, a tu propia madre. Te lo digo porque ella tiene que hacerse el mismo análisis, para que no viva, si es positivo el resultado, una situación de este tipo sin saberlo.

Quedé paralizado. No puede ser, me decía, ¿mi padre seropositivo?, ¿no era esa una enfermedad de marginales, de maricones, de hemofílicos con mala suerte? No podía imaginarme a mi padre frecuentando prostitutas. Aunque, quién sabe, tal vez en sus desplazamientos al extranjero, cosa que realizaba con alguna frecuencia. Pero no, aquello no podía ser, pues me resultaba una idea incompatible con su manera de ser, con su formación cristiana y conservadora.

He pensado una cosa, me dijo el médico tras unos segundos en que yo me limité a mirarlo estupefacto, incapaz de articular palabra alguna. Para no causar más dolor a tu madre, pues por desgracia en la sociedad aún se sigue considerando al sida como una enfermedad vergonzosa, asociada a todo tipo de mala vida, creo que lo mejor que podemos hacer es decirle que tu padre ha dado positivo al test de la hepatitis, enfermedad que socialmente tiene otra imagen, por lo que sería

necesario que toda la familia, por seguridad, se hiciese esa prueba. Lo que te voy a proponer no es muy correcto, por lo que me podría causar un grave disgusto si trasciende, pero creo que es lo que debo hacer por ahorrar otro dolor innecesario. Calló un momento mientras me miraba a los ojos, como intentando adivinar mi reacción. Cuando hagamos el test de la hepatitis, continuó, vamos a realizar también el del VIH. Si el resultado da negativo, pues todos felices, si da positivo, ya hablaremos con ella. ¿Qué te parece? A mí no me parecía nada, pues era imposible que, en aquellas circunstancias, mi cerebro elaborase algún pensamiento coherente. Estaba desbordado. El cansancio, las emociones y la incertidumbre me habían dejado sin capacidad de reacción, agotado. No sé por qué, la única imagen que vino a mi cabeza en aquel momento, fue de un verano de hacía muchos años, en Palma de Mallorca, en la playa, y a mi padre ayudándome a cubrir mi pequeño cuerpo de arena, mientras yo me reía como un loco diminuto. Bueno, ¿qué te parece?, repitió el médico. Bien, acerté a decir al fin, ¿cómo lo hacemos? Eso déjalo de mi cuenta, respondió dándome un golpe cariñoso en el hombro.

Mi padre murió antes de que amaneciese, pero con anterioridad el médico se había encargado de comunicar a mi madre el falso resultado del test de la hepatitis, aconsejándole la conveniencia de que toda la familia nos realizásemos la misma prueba. Ella, ante el drama que vivía, pareció ver aquello como una nadería comparado con la gravedad de la situación por la que atravesaba mi padre. Se limitó a decir que bueno, que ya lo haríamos, como cerrando el asunto. Sin embargo el médico insistió, con una vehemencia que la sorprendió. Yo me limité a apoyarlo. En otras circunstancias no habría sido fácil, pero su estado anímico no estaba para oponer resistencia, por lo que al final, entre los dos, conseguimos que aceptase que, estando ya en el hospital, nos tomasen una muestra de sangre. A mi hermano Víctor, que pasaba la noche en casa de mi tío Enrique, ya le haríamos el análisis después de que todo pasase.

Mi padre seropositivo... durante toda la noche no pude sacar de mi cabeza aquella noticia condenada a no ser nunca compartida. ¿Dónde?, ¿cómo? Me decía que tal vez habría sido debido a un contagio en el dentista o en cualquier otro sitio donde las personas normales van confiadamente, sin pensar que pueden salir de ellos con algo atroz, simplemente por la negligencia de algunos profesionales. Todos hemos leído casos así en la prensa.

Intentaba apartar aquel pensamiento obsesivo de mí. Más aún la posibilidad de que hubiese contagiado a mi madre, idea que por si sola me erizaba el vello de los brazos, poniéndome el corazón en la boca. Rezaba únicamente para que se salvase; lo demás luego ya se vería. Dios mío, Dios mío, por favor, que se salve. Lo importante era que pudiese sobrevivir al maldito infarto. Me negaba a pensar, ni siquiera remotamente, que él podía morir, que nunca más iba a estar con nosotros. Había vivido tan poco con él, habíamos hablado tan escasamente. Siempre había pasado demasiado tiempo trabajando, muchos días hasta la madrugada. Y encima, con el tiempo, aquella situación fue a peor, pues desde hacía dos o tres años había empezado a sacrificar, incluso, el descanso de los sábados y de algún domingo. Era el trabajo del despacho, era la dedicación al partido —a pesar de tener un simple cargo en la junta directiva local, nada relevante—, eran congresos y reuniones. Siempre ausente.

Qué poco ha vivido este hombre, me decía, siempre trabajando, por no-

sotros. Ni siquiera a sus hijos nos ha disfrutado. Ha pasado mucho más tiempo en el trabajo o en el maldito partido que con su familia. Pero ¿por qué?, ¿porque quería que tuviésemos todo lo que deseábamos, que no nos faltase de nada?, ¿o por ambición política?, ¿o porque se refugiaba en el trabajo, huyendo de alguna cosa? Con tristeza me pregunté por algo sobre lo que nunca había querido reflexionar: si su vida no habría sido eso, una escapada, una huida de la familia, como se dice que sucede a menudo con la gente que dedica casi todo su tiempo al trabajo.

Me preguntaba si mi padre habría sido feliz. Él era tan callado, tan distante, tan impenetrable... Creo que se le podría calificar como un padre bueno, aunque no como un buen padre, por su lejanía, por sus continuadas ausencias, por su falta de complicidad con los hijos. Nunca fue ese padre-amigo, como sucedía con el de Álvaro, cuya relación yo envidiaba cuando era adolescente. Tal vez la culpa de aquella falta de complicidad, de sintonía, fue mía, por no ser como él deseaba; pero ¿cómo quería que fuese, aparte de abogado? Porque él lo quiso, empecé a estudiar Derecho...

Unas horas después el sueño y el agotamiento derivados de las emociones del día consiguieron vencerme. Quedé dormido sobre uno de los duros asientos de plástico rojo de la sala de espera de la UCI. El movimiento que hizo mi madre al levantarse, me despertó. En un principio no supe muy bien dónde estaba, pero al verla avanzar hacia el médico que le hacía señas desde la puerta de la unidad, me traje de nuevo al horrible presente. Me levanté de un salto, impulsado por algún resorte interior. Avancé junto a ella. Mi tío Enrique se unió a nosotros. El médico nos hizo pasar a la sala que ya conocíamos. La expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas. Mi padre acababa de fallecer.

La muerte. El sentimiento de dolor inconmensurable, el trallazo en el cerebro, la flojedad en las piernas, la opresión en el estómago, el miedo... La expresión asustada de mi madre que, esta vez, no pudo evitar llorar, con un llanto suave, silencioso. Y luego más tarde, en mi cuarto, en mi soledad, los remordimientos entre lágrimas, maldiciéndome por no haberle dicho nunca que lo quería, por no haber estado más cerca de él, por no haber intentado conocerlo mejor.